la satisfacción de morir con el hábito que llevo con tanta consolación y alegría de mi alma. Ya que no soy digna de vivir en esta santa casa, á lo menos que no me nieguen una sepultura para este mi pobre cuerpo. Pero como la voluntad de Dios se demostraba visiblemente á la enferma, dijo con resignación: «Señor, si es posible, que se aparte de mí este caliz; » y en lo más recio de sus angustias añadía: «Que se cumpla, Señor, vuestra voluntad y no la mía.»

IX

Un acto tan generoso de abandono á la divina voluntad, inclinó el corazón de Dios á consolar á la afligida enferma con la abundancia de dulces consolaciones interiores, y á la luz de la gracia le dió á conocer que era otro y más sublime el designio que tenía sobre ella. En efecto, la noche cubría con su sombrio manto la naturaleza, y la esforzada novicia en el retiro de su celda, perseveraba en fervorosa oración. Clamaba al cielo, ardía en vivísimos deseos de la mayor gloria divina, deshacíase en amoroso llanto, rogaba por la salvación de tantas almas que corrían á la

perdición, y se ofrecía en holocausto al Señor para servirle del modo que El quisiere. Así, en lo más subido de su ferviente oración, fuele revelado que la escogía Dios para fundadora de una nueva Orden, que tendría por fin la salud y bien de las almas, y sería madre de una larga posteridad de hijas espirituales que, bajo su dechado, se perpetuarían á través de los siglos.

Confirmó esta habla interior la visión extraordinaria que inmediamente siguió: Vió la Sierva del Señor el infierno abierto, y á innumerables almas que descendían al abismo, en actitud de pedirle socorro. Al momento sintió abrasarse de nuevo su corazón en el celo por la salvación del prójimo, y, entre la voracidad de aquellas llamas sempiternas, concibió los primeros bosquejos del Instituto que había de fundar. Al lado opuesto y en lugar sublime se presentó ante su vista intelectual el grandioso y hermosísimo cuadro de la Reina de los cielos, llena de gloria y de majestad, como tipo y modelo que, tanto ella como sus hijas, debían imitar, procurando, con la pureza y santidad de su vida, exaltar á la angelical virginidad, muy combatida por los sectarios de la época, y asimismo presentar aquel ideal divino á la niñez y á la

juventud que se le confiara, como la mejor y más segura salvaguardia para el presente y para su porvenir.

Tales comunicaciones é ilustraciones celestiales obraron poderosamente en el corazón de Sor Juana de San Bernardo, y al amanecer el día, cuando la reverenda Priora fué á su celda á preguntarle en qué estado se hallaba su ánimo para la partida, encontró á la favorecida novicia totalmente resignada, y sin la menor duda de que esta era la voluntad de Dios. Manifestóse el beneplácito divino con un caso muy raro que aconteció á la Sierva del Señor, pues así que le quitaron el hábito de novicia quedó completamente curada de sus graves enfermedades, y pocos dias después, convalecida, pudo emprender el viaje á Burdeos.

Se verificó la salida del convento á los últimos días del mes de Diciembre del año 1603, seis meses después de su toma de hábito. La despedida fué muy tierna y afectuosa, abrazando á todas, entre lágrimas y suspiros; y aseguró Juana á las Religiosas que si el cuerpo se ausentaba de su compañía, quedaba constante su corazón en el claustro para venerar, mientras le durase la vida, la estimable memoria que llevaba impresa en su alma de las virtudes y exacta perfección que había visto en todas ellas.

La inesperada salida de la Sierva del Señor del monasterio de las Fuldenses, parecía debia suscitar entre la muchedumbre interpretaciones desfavorables y hablillas poco caritativas: otra persona menos desprendida y de miras terrenas se hubiera prevenido contra la malignidad de los juicios humanos; mas nó la Sra. de Lestonnac: lejos de preocuparse por los respetos humanos, se presentó otra vez en el siglo con la entereza de su alma grande, apoyada en el fiel testimonio de su conciencia. Y aconteció que, así como la partida de su casa había motivado el desconsuelo de sus hijos, la vuelta á la misma fué el gozo de su familia y de toda la ciudad, y todas á una, entre júbilos y veneraciones, celebraron su regreso, como restitución que el cielo hacía á su noble patria. Visitóla lo mas selecto de Burdeos, felicitándola por su llegada y feliz restablecimiento de su salud; y sobre todo sus hijos bendecían al Señor por haberles devuelto una madre tan santa.

X

Pasadas las primeras semanas en continua, provechosa y amable comunicación con los de su casa, pasó la Sra. de Lestonnac á visitar al Barón de Montferrant, su hijo, que residia habitualmente con su familia en el castillo de Landirás; aquí permaneció corto tiempo; sólo el preciso para prevenir y asegurar el porvenir de su pequeña hija Juana, que continuó bajo la tututela y compañía de su hermano el Barón de Montferrant, hasta que el año 1608 se casó con el Barón de Arpailhán. Cumplidos los deberes y atenciones de madre, la Sra. de Lestonnac se despidió de sus hijos; y ansiando su alma el recogimiento y la soledad, escogió para morada la casa de la Mothe-Darriet, posesión suya, á una legua de Landirás. En este lugar solitario, acompañada solamente de algunos domésticos, apartada del bullicio y cuidados del mundo, se entregó fervorosa al ejercicio de todas las virtudes y costumbres religiosas.

Dos años perseveró en un tenor de vida, que más parecía de persona religiosa que seglar, y en sus íntimas y largas comunicaciones con el Dios de su corazón, le pedía la hiciera instrumento apto para la ejecución de su santísima voluntad. Consumíase en celo de la gloria divina y salvación de las almas, y entendió que el Señor quería se dedicase á la educación de

las niñas, y que, por este medio, se librarían sus almas de los errores y peligros de aquellos malhadados tiempos. A cuyo fin se resolvió á buscar compañeras, que se asociasen con ella, para el ministerio de educar é instruir.

Así premeditaba su grande obra la Sierva del Señor, y como era muy prudente y circunspecta, quiso antes tomar consejo de personas doctas y experimentadas, que guiasen sus primeros pasos. La Mothe era lugar solitario y falto de elementos para lo que ella necesitaba, y resolvió trasladarse á Burdeos, confiando que hallaría allí segura dirección para su alma, y solución exacta para realizar su empresa. Mas los primeros acontecimientos no correspondieron á sus esperanzas.

Los Padres de la Compañía de Jesús, que desde Octubre del año 1572 tenían fundado colegio en Burdeos, trabajaban, incansables, en las tareas apostólicas de su ministerio, logrando frutos centuplicados en bien de las almas. En el mismo colegio se hallaba el P. Rogerio de Lestonnac, hermano de nuestra Beata Juana, el cual en 1589, á los diecisiete años de su edad, fué admitido en el noviciado de Tolosa; en 1600 acabó los estudios de teología en

el colegio de Burdeos; y habiendo ejercido un año el cargo de prefecto de estudios en el mismo, se ocupaba al presente en ministerios apostólicos. Por indicación de su religioso hermano, la Sra. de Lestonnac se dirigió al P. Ménage y al P. de Marguestaud, y les expuso el estado de su alma y el proyecto que premeditaba. Estos beneméritos Padres no desaprobaron la idea que deseaba ejecutar, ni tampoco se la apoyaron; pero conociendo en Juana virtudes sólidas y muy depuradas, le persuadieron que continuase en el ejercicio de la perfección y virtudes cristianas, como más relacionadas con su estado y rango que la distinguía. La humilde Sierva del Señor, sumisa y obediente á la dirección de sus Padres espirituales, se ejercitó especialmente en obras de caridad, acudiendo á los hospitales y cárceles, y distribuyendo limosnas entre pobres y necesitados; cuyo ejemplo siguieron muchas damas y jóvenes de Burdeos, algunas de las cuales fueron después las primeras piedras del nuevo Instituto que fundó.

XI

A la sazón, en el colegio de Burdeos, sobresalían en eminente virtud, ciencia y grande espíritu dos santos Religiosos: el P. Juan de Bordes y el P. Francisco Raymond, los cuales, con el ejercicio de su apostólico ministerio, desplegaban su ardiente celo en la ciudad y en toda la provincia. El primero, antes rector de los colegios de Agen y de Auch, merece particular mención, por haber sido el primer iniciador y coadjutor de la Venerable Madre de Lestonnac en la fundación de la Orden de las Hijas de Nuestra Señora. Este varón de Dios fué reputado, en todos los ámbitos del mundo, por uno de los hombres mas grandes, mas santos y mas sabios del primer siglo de la Compañía. Su ardiente celo é inmensos trabajos le merecieron justamente el calificativo de Francisco Regis de Santonje, de los valles bearneses, del Cavedan, de Aspe y de Olorón.

Nació el P. Juan de Bordes en Burdeos el año 1559. Lo que cuentan de su juventud los historiadores de la Compañía, tiene mucho de extraordinario. Había es-

tudiado y poseía, dice el P. Alegambe, todo lo que á un hombre le es posible aprender y poseer; porque era capaz de enseñar medicina, botánica, cosmografía, matemáticas, música, pintura, letras divinas y humanas, y artes y ciencias universales. Profesor de Filosofía y Teología, logró el mayor y más feliz éxito. Habiendo la peste invadido, de repente, la ciudad de Milán, en donde enseñaba retórica, muchos jóvenes milaneses le siguieron á una población vecina, donde continuó el curso con sumo provecho y entusiasmo de los oyentes. En las Misiones, siendo preguntado de improviso por ministros calvinistas que le citaban larguísimos textos griegos y hebreos, les contestaba al momento, tapándoles la boca con los mismos argumentos que le oponían.

El P. Raymond, al igual que el P. de Bordes, estaba animado de celo y árdor contra el Calvinismo. Después del Edicto de Nantes, la herejía progresaba de día en día, haciendo grandes estragos en las provincias del Mediodía de Francia, lo que tenía sumamente afligidos á los dos Padres, y se lamentaban, sobre todo, de que las niñas de familias nobles, careciendo de escuelas católicas, estuviesen expuestas á

perder la fe por el contacto de maestras hugonotes, y con vivas lágrimas suplicaban al divino Jesús, tomando por medianera á su Santísima Madre, se dignase poner pronto y eficaz remedio á tanto mal.

Dios se dignó escuchar las fervientes oraciones de sus fieles siervos, y revelarles los designios de su misericordia. El 23 de Septiembre del año 1605, día que la Iglesia celebra la fiesta de la virgen y protomártir Santa Tecla, primera discípula del apóstol San Pablo, estando los mencionados P. Juan de Bordes y el P. Francisco Raymond, ofreciendo, á la misma hora, el sacrosanto sacrificio de la Misa, fueron súbitamente iluminados de una luz celestial, y entendieron, por revelación divina. que sería un gran remedio para reparar los estragos que hacía la herejía, la fundación de una Orden de Religiosas, dedicadas á la educación cristiana y social de las niñas, puesta bajo la protección de la Virgen Maria, reina de los Apóstoles, que llevase su mismo nombre y tomase por modelo la Compañía de Jesús, su divino Hijo, rey de los Apóstoles.

Esta revelación produjo una viva impresión en el alma de los dos santos Religiosos, y cada uno por sí deseaba comunicar

al otro el favor extraordinario que había recibido del cielo. Comunicáronse finalmente estos dos santos varones, y grande fué su sorpresa cuando se convencieron que ambos habían sido favorecidos con igual favor del cielo. De común acuerdo resolvieron poner manos á la obra, para realizar la idea que el Señor les había inspirado.

Faltaba ante todo hallar una mujer de prendas, virtud y prudencia, para la empresa que ideaban, y habiendo hecho algunas tentativas, les salieron frustradas, y entonces se decían: «¿Acaso la elegida de Dios será la Sra. de Lestonnac, de cuya virtud se habla en todo Burdeos?»

El P. de Lestonnac residía todavía en el colegio de Burdeos, del cual pronto partió para trasladarse al de Tolosa, y los Padres de Bordes y Raymond le rogaron tuviera á bien prepararles una entrevista con su ilustre hermana, para tratar de un negocio importante, que redundaba en mucha gloria de Dios. Hízolo así el P. de Lestonnac, y habiendo conferenciado los dos citados Padres con la Beata Juana, ésta no se sorprendió ante una manifestación tan deseada de su corazón, regocijándose grandemente su alma al ver como la obra de Dios empezaba

á aparecer, y que, poco á poco, llegaría á feliz término. Con todo, se reservó dar á los Padres una contestación afirmativa, ya sea por sentimientos de humildad, ya para consultar el caso con el Señor en oración fervorosísima.

XII

Una actitud y resultado semejantes tal vez causará cierta extrañeza á los lectores: Dios que dirigía esa su empresa, sabrá, por un segundo prodigio de la gracia, hacer patente la elección que se solicitaba. Un día que el P. Juan de Bordes celebraba Misa con un fervor extraordinario, pidiendo al Señor que se dignase darle á conocer el instrumento de que había de valerse para la ejecución de la obra proyectada, he aquí que, estando en medio del augusto Sacrificio, se le aparece el apóstol San Pedro, acompañado de San Juan, el discípulo amado del Señor, y con la mano le señalaba á la santa viuda que, arrodillada muy cerca del altar, oía devotamente la Misa; con lo cual le designó claramente á la que que el Señor había escogido para fundadora del nuevo Instituto. Por su parte la Sra. de Lestonnac se